

SALVADA

Salvada

I

La marquesita de Renedón entró como una bala que perfora un vidrio, y empezó á reirse antes de hablar, á reirse hasta llorar, como lo había hecho un mes antes anunciando á su amiga que había engañado al marqués por vengarse, nada más que por vengarse y sólo una vez, y esto porque era, á decir verdad, demasiado estúpido y demasiado celoso.

La baronesita de Grangerie había arrojado sobre el canapé el libro que leía y miraba á Anita con curiosidad y riéndose también.

Por fin la preguntó:

—¿Pero qué es lo que has hecho?

—¡Oh querida mía!... querida mía... es muy chistoso... ¡muy chistosol... figúrate... estoy salvada... ¡salvada!...

—¿Cómo salvada?

—Sí, ¡salvada!

—¿De quién?

—De mi marido, querida, ¡salvada! ¡Desencadenada! ¡libre! ¡libre! ¡libre!

—¿Cómo libre?

—¡Oh, el divorcio!

—¿Estás divorciada?

—¡Qué tonta eres! todavía no. ¿Crees que se divorcia una en tres horas? Pero tengo pruebas... pruebas... de que me engaña... figúrate, en flagrante delito... en flagrante delito...

—¡Oh! ¡oh! cuéntame eso. ¿De modo que te engañaba?

—Sí... es decir, no... digo, si y no... no sé. En fin, lo esencial es que tengo pruebas.

—¿Qué has hecho para tenerlas?

—¿Qué he hecho? ¡Oh! he sido lista, extraordinariamente lista. Hacía tres meses que se había vuelto aborrecible, completamente aborrecible, brutal, grosero, despótico, innoble, en fin. Entonces me dije: Esto no puede durar, tengo que divorciarme. ¿Pero cómo? La cosa no es fácil. Intenté hacer que me pegase, pero no quiso, me contrariaba todo el día, me obligaba á salir cuando no quería, á quedarme en casa cuando deseaba comer fuera y hacía mi vida insostenible desde el principio al fin de la semana, pero no me pegaba.

„Entonces procuré saber si tenía alguna querida. En efecto, tenía una, pero tomaba mil precauciones para ir á su casa y era imposible sorprenderles juntos. Entonces, ¿á ver si adivinas lo que hice?

—No adivino.

—¡Oh! no lo adivinarías nunca. Rugué á mi her-

mano que me procurase una fotografía de esa muchacha.

—¿De la querida de tu marido?

—Sí. Le costó á Santiago quince luses, el gasto de una noche desde las siete hasta las doce, incluida la cena, ó sea á razón de tres luses por hora, y encima le sacó la fotografía.

—Me parece que hubiera podido obtenerla empleando una astucia cualquiera y... sin necesidad de tomar al mismo tiempo el original.

—¡Oh! como es bonita, el lance no le desagradaba á Santiago. Por otra parte yo necesitaba detalles físicos de su talle, de su pecho, del color de su cara, en fin, de mil cosas.

—No lo entiendo.

—Ya verás. Cuando supe todo lo que deseaba saber me fuí á casa de un... ¿cómo diría?... de un hombre de negocios... ya sabes... de uno de esos hombres que hacen negocios... de todas clases... Agentes de .. de publicidad y complicidad... uno de esos... en fin, ya me entiendes.

—Sí, casi, casi. ¿Y qué le digiste?

—Le dije enseñándole la fotografía de Clarisa (se llama Clarisa): “Caballero, necesito una siervienta que se parezca á esta. La quiero bonita, elegante, fina, limpia. Le pagaré lo que me pida, aunque me cueste diez mil francos. No la necesitaré más que por tres meses.”

Aquel hombre parecía asombrado y me preguntó: “¿La señora desea una mujer intachable?”

Yo me ruboricé y le respondí:

—En cuanto á probidad, sí.

—¿Y en cuanto á costumbres?—me preguntó.

No me atreví á contestar y me limité á hacer un movimiento de cabeza que quería decir: no. Después, comprendí de pronto que aquel hombre había concebido una horrible sospecha, y exclamé perdiendo la serenidad: “¡Oh! caballero... es para mi marido... que me engaña... que me engaña fuera de casa... y yo quiero... que me engañe en ella... ¿comprende usted?... se trata de sorprenderle.”

Entonces el agente se echó á reír y yo conocí por sus miradas que me había devuelto su estimación, y que hasta me juzgaba muy ingeniosa. Hubiera apostado cualquier cosa á que en aquel momento sentía deseos de estrecharme la mano.

—“Señora—me dijo—dentro de ocho días tendrá usted lo que desea. Podremos cambiar de persona si es preciso. Yo respondo del éxito y no pagará usted nada hasta después de conseguir el resultado. ¿De modo que esta fotografía es la de la querida de su señor marido?” Sí, señor.—“¡Muy guapa! ¡Una delgada que engaña! ¿Y qué perfume desea usted?”—Yo no comprendía y repetí: “¿Cómo, qué perfume?”—El se sonrió y repuso:—“Sí, señora, el perfume es esencial para seducir á un hombre, puesle inspira recuerdos inconscientes que le disponen para la acción; el perfume establece confusiones oscuras en su ánimo, le turba y le enerva recordándole sus placeres. Sería preciso averiguar también lo que acostumbra comer su señor marido cuando va con esa señora y así podría servirle los mismos platos la noche en que trate

de sorprenderle. ¡Oh! le tenemos cogido, señora, ¡completamente cogido!”

Salí de allí encantada, había dado con un hombre verdaderamente hábil.

II

Tres días después se presentó en mi casa una muchacha alta, morena, muy guapa, de aire modesto y desenvuelto á la vez, un aire singular de muchacha corrida. Estuvo muy respetuosa conmigo. Como ya sabía yo quien era la llamé “señorita,” y entonces ella me dijo: “¡Oh! puede la señora llamarme sencillamente Rosa.” Y empezamos á hablar.

—Bueno, Rosa, ¿sabe usted ya á lo que viene aquí?

—Lo sospecho, señora.

—Muy bien, hija, y... ¿no tendrá usted reparo?...

—¡Oh! señora, este es el octavo divorcio que hago; ya estoy acostumbrada.

—Muy bien. ¿Necesitará usted mucho tiempo para conseguirlo?

—¡Oh! señora, eso depende en absoluto del temperamento del señor. Cuando le haya visto y haya hablado con él cinco minutos, podré responder á la señora con exactitud.

—Lo verá usted en seguida, hija mía. Pero le advierto que no es guapo.

—No importa, señora. He separado ya á tres feos. Pero he de preguntarle á la señora si se ha informado del perfume.

—Sí, mi buena Rosa, la verbena.

—Me alegro, señora, porque me gusta mucho ese olor. ¿Puede decirme también la señora si la querida del señor usa ropa de seda?

—No, hija mía, batista con encajes.

—¡Oh! entonces es una persona distinguida, porque la ropa de seda se va haciendo ordinaria.

—Es verdad.

—Bueno, señora, entonces empezaré mis quehaceres, si le parece.

Y en efecto, inmediatamente empezó á trabajar, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Una hora después llegó mi marido y Rosa no fijó siquiera sus ojos en él, pero en cambio los fijó él en ella. Rosa trascendía á verbena, y al cabo de cinco minutos se separó de nuestro lado.

—¿Quién es esta muchacha?—me preguntó en seguida mi marido.

—Es una doncella nueva.

—¿Quién te la ha proporcionado?

—La baronesa de Grangerie, que me ha dado muy buenos informes de ella.

—¡Oh! es bastante guapa.

—Le parece á usted...

—Sí... demasiado para doncella.

Yo estaba maravillada, porque veía que ya empezaba á morder el anzuelo.

Aquella misma noche, Rosa me decía:

—Ahora puedo prometer á la señora que no tardaremos quince días. El señor es muy fácil.

—¡Ah! ¿ha hecho usted ya alguna prueba?

—No, señora, pero se ve al primer golpe de vista y se le notan ganas de abrazarme cuando pasa junto á mí.

—¿No le ha dicho aun nada?

—No, señora, únicamente me ha preguntado mi nombre... para oír mi voz.

—Muy bien, Rosa. Vaya usted lo más deprisa que pueda.

—No tema la señora. Sólo resistiré el tiempo necesario para no despreciar mi persona.

Al cabo de ocho días mi marido no salía ya apenas y yo le veía rondar toda la tarde por la casa. Lo más significativo del caso, era que no me impedía ya salir, y yo estaba todo el día en la calle... para... para dejarle libre.

Al noveno día, cuando Rosa me desnudaba, me dijo con aire tímido:

—Señora, ya está hecho... esta mañana.

Yo me quedé algo sorprendida y un tanto emocionada, no por el hecho, sino por la manera como me lo había dicho, y balbuceé:

—Y... ¿ha ido todo... bien?

—¡Oh! Muy bien, señora. Hacía ya tres días que me asediaba, pero no quise ir demasiado aprisa. Ya

me dirá la señora para cuando desea el flagrante delito.

—¡Oh! hija mía... mire usted... dejémoslo para el jueves.

—Sea para el jueves, señora.—Hasta entonces no le haré al señor ninguna concesión á fin de tenerle en espera.

—¿Está usted segura de no errar el golpe?

—¡Oh! sí, señora, segurísima. Voy á excitarle de modo que podrá usted escoger la hora que quiera.

—Las cinco.

—Bien, las cinco, señora; y ¿en dónde?

—Pues... en mi cuarto.

—Convenido, en el cuarto de la señora.

Entonces, querida mía, ya comprenderás lo que hice. Fuí á buscar primero á papá y á mamá, y después á mi tío el presidente Orvelin, y al juez señor Raplet, el amigo de mi marido. No les dije nada de lo que iba á descubrirles. Les hice entrar á todos de puntillas hasta la puerta de mi cuarto y esperé las cinco... las cinco en punto... ¡Oh! ¡cómo me palpita-
ba el corazón! Había hecho subir también al portero para tener un testigo más. Luego... en el momento en que el reloj empezó á sonar, ¡pan! abro la puerta de par en par... ¡Aaaah! estaban en lo más interesante... querida mía. ¡Oh! ¡qué cara puso!... ¡qué caral... si lo hubieses visto!... El imbécil se volvió hacia la puerta. ¡Ah! ¡qué raro estabal... Yo me reía... me reía... Y papá, enfadado, quería pegarle... Y el portero, un buen hombre, le ayudaba á vestirse... delante de nosotros... delante de todos...

¡Le abrochaba los tirantes!... ¡Oh! ¡créeme que fué muy gracioso! Respecto á Rosa estuvo magistral, admirable... perfectísima... ¡Lloraba, lloraba muy bien! ¡Es una alhaja! Si alguna vez la necesitas, te la recomiendo.

Y aquí me tienes... He venido corriendo á contártelo todo... todo. Ya soy libre. ¡Viva el divorcio!

Y se puso á bailar en medio del salón, mientras que la baronesita, contrariada y pensativa, murmuraba:

—¿Por qué no me invitaste á ver todo eso?